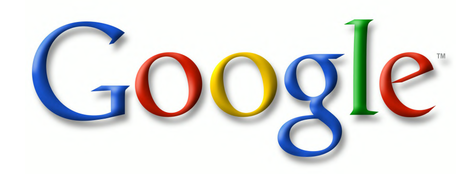
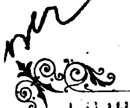




ERNESTO DE MENDIZABAL



Héctor F. Varela

(SU SEMBLANZA)



Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES
San Martin, 96, 98 y 100

LA PLATA
B. Iudependencia, esq. 53

1887









ERNESTO DE MENDIZABAL

Héctor F. Varela

(SU SEMBLANZA)



Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES	LA PLATA
San Martin, 96, 98 y 100	B. Independencia, esq. 53

1887

Estimado Varela:

Ahí le mando ese escrito acerca de la vida pública de Vd., que he bautizado con el pomposo título de "Semblanza."

No aspiro á la publicidad de diario. Conserve esas páginas como una comprobación del juicio que respecto de Vd. existe entre nosotros. Según el espartano General Mitre, Vd. ha vivido siempre en plena calle: de lo que en ella he visto es de lo que me ocupo.

Suyo

E. de M.

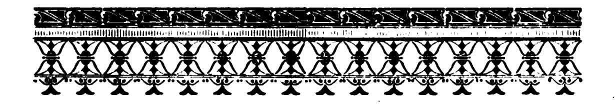
Buenos Aires, Octubre 4 de 1886.

SEMBLANZA

DE

HÉCTOR F. VARELA

A Miguel Cané, el
autor de "Juvenilia", su
antiguo compañero de
política y de letras.
Su affmo
E. de Mendiáta



HÉCTOR FLORENCIO VARELA

I

> «Varela ha sido en su patria la
> « encarnación de una época; y
> « siempre ha puesto un artículo,
> « un discurso ó una libra esterlina
> « al servicio de la causa de su
> « tiempo.»
>
> LEON WALS, en *Le Courrier de la Plata.*

ERA yo muy niño todavía cuando los ruídos de un aplauso persistente, de una aclamación no interrumpida, trajeron á mis oídos el nombre de Héctor Florencio Varela. Recuerdo confusamente, de manera informe, la confusión que producían en el hogar de mis padres los artículos de un

diario — *La Tribuna* — que entonces volaba de mano en mano y era leído con fruición desmedida lo mismo en el palacio del rico como en la cabaña del pobre, así en el aristocrático club como en la humilde confitería de suburbio.

Algo semejante al rumor de marea creciente hacía sonar cada vez con mayor fuerza el nombre de esta personalidad que se imponía á las muchedumbres de su época y que parecía haber amarrado al carro de sus triunfos la suerte, el destino de toda una generación.

Respecto del diario á que tengo hecha referencia — *La Tribuna* — conservo dos recuerdos íntimos que hacen época en la historia de mi familia: helos aquí.

Un hermano mío, que aún vive, contaba á la sazón cinco ó seis años de edad. Por aquella época, y cuando recién hacía una semana que iba á la escuela de primeras letras este hermano mío, cayó gravemente

enferma en cama nuestra buena y adorada madre, razón por la cual fué suspendida la asistencia del niño á la escuela. La enfermedad de mi madre duró año y medio, durante cuyo espacio de tiempo permaneció postrada en el lecho, y mi hermano, sea por pasatiempo ó por verdadero amor á la instrucción, se entregaba diariamente á la lectura de aquel diario. Los primeros días fué ardua la tarea de unir las letras, formar las sílabas y luego las palabras, puesto que solo conocía el abecedario; pero con el pasar de las semanas y los meses pudo al fin, por su solo esfuerzo, aprender á leer correctamente en *La Tribuna*. Ese fué el maestro de lectura y escritura que ese hermano mío tuvo; y, al referir de mis buenos padres, era de ver la gallardía con que tomaba con sus pequeñas manos el diario, y la entonación académica que empleaba para leerlo en alta voz, haciendo exclamar á esos mismos padres: — "En el

orden moral hasta este regocijo le debemos á Héctor Varela".

Más feliz yo que ese hermano mío, pude recibir directamente de los labios de mi querida madre las primeras nociones escolásticas: ella me enseñó á leer, ella me enseñó á escribir, ella me enseñó las cuatro primeras reglas de la aritmética. Pero no sé por qué esfuerzo ó tendencia de mi voluntad ó de mi espíritu era que yo anhelaba pensar antes que escribir, crear antes que leer; y así que en busca de la realización de estos propósitos me entregase en cuerpo y alma á la lectura de *La Tribuna*. ¡Qué sensaciones de entusiasmo tan gigantescas las que yo experimentaba con los artículos literarios y políticos de Héctor Varela! ¡Qué revolución la que operaban en mi joven inteligencia! ¡Qué emociones de júbilo tan puras, tan inocentes, tan imborrables las que me causaba la lectura de las *Cosas* de Orión! Y más

tarde, cuando ya casi hombre me refirieron mis padres que de seis años tuve con ellos una discusión violenta, apoyándome en las ideas de Héctor Varela, ¡qué sensación de orgullo y agradecimiento hacia este hombre que con su inteligencia me había enseñado á pensar!

Héctor Florencio Varela está, pues, vinculado á mi entendimiento mucho más estrechamente, si cabe, que lo que lo estuvo con mis padres por el lazo cariñoso y perpetuo de la pura amistad. Pero, volviendo á mi punto de partida, diré que si bien el nombre seguía resonando con estruendos de triunfo, llevado en alas de la simpatía popular, no me había sido todavía dable mirar de cerca al coloso, ni respirar el mismo aire que alimentaba esos pulmones generadores del verbo torrentoso y fúlgido de su oratoria destellante. El pigmeo vivía á lo lejos de la vida del coloso, pero el contacto no se había aún producido.

El dolor común nos acercó un día, sin embargo. *La Comis'ón Popular* había desplegado sus alas protectoras sobre la población de la infortunada Buenos Aires y, soldado de aquella institución, mártir de la fraternidad elevada á dogma republicano por Héctor F. Varela, un otro hermano mío cayó víctima del flajelo que había desafiado como miembro de aquella *Comisión Popular*, atraído por la influencia, por la generosidad evangélica del hombre cuya silueta trazo ahora á grandes rasgos. Aquel dolor nos echó al uno en los brazos del otro y todavía al recordarlo me parece experimentar sobre mi cuerpo la impresión de aquel abrazo mudo, pero elocuente hasta hacer brotar lágrimas.

El coloso se partió luego á Europa, para continuar su vida de agitación republicana. Allí prosiguió su carrera de éxitos estruendosos, de homenajes jamás tributados á hombre alguno y que él, con uno

de esos rasgos tan raros en la generación de su tiempo, recibía como tributados no á sus méritos, no á su talento, no á su credo democrático, sino á la patria que le daba nacionalidad en el mundo y gloria y lustre eterno á su apellido.

No entra en mi propósito referir una á una las acciones de Varela en Europa, pues para ello me sería indispensable escribir un grueso volumen; ni quiero tampoco decir á los que me lean lo que hace muchísimos años ya saben. El viejo mundo ha sido para Varela un teatro más vasto para su talento, un circo más grandioso para sus luchas de gladiador republicano. La densa tiniebla que envolvía á los pueblos del nuevo continente ante el criterio europeo, ha desaparecido ante los golpes de hacha que Varela le ha dirigido certeramente. A él, á su propaganda incesante en aquellos países, únicamente á él, le debemos estos frutos de consideración y es-

tima que en la conceptuación europea hemos cosechado; y muy ingrato será el pueblo sudamericano, muy ingratos los hombres que se opongan á esta verdad que se halla por cima de todas las injusticias, de todos los inmotivados y pasajeros rencores.

En mi opinión personal é íntima, Varela no ha tenido el talento, tan común en muchos, de explotar, *en viveur*, sus éxitos y triunfos alcanzados en ambos mundos. Hay entidades que nada han hecho, que nada han hablado; que jamás han pronunciado una arenga ni originado un entusiasmo ó emoción generosa; que nunca su nombre ha salvado las lindes de la aldea en que nacieron ó se formaron, y que sin embargo han alcanzado posiciones envidiables y á todas luces elevadas. Y Héctor Varela, que ha sido en su país la encarnación de una época; que lo ha hecho todo; que ha arengado, lle-

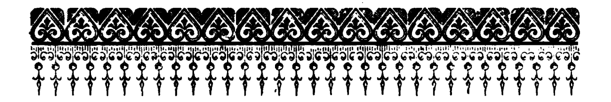
vándolas hasta el entusiasmo febril, á todas las muchedumbres del mundo; que ha salvado con su popularidad y su nombre, no solo las lindes de la aldea, sino las de la ciudad, de la nación y del continente que le vieron nacer; ese hombre, Héctor Varela, continúa siendo en su patria el orador republicano, el tribuno de la democracia de su pueblo, eterna víctima de la emulación poco noble de sus conciudadanos. Pero si alguna satisfacción íntima puede tener este hombre es la de deberlo todo á sí propio.

Es así como hemos visto que cuando todos los estados americanos, Venezuela, Nicaragua, Perú, Ecuador, etc., se disputaban la honra de llamar á Varela su hijo, envolviéndole la inspirada frente en los pliegues de la bandera símbolo de sus glorias y de su nacionalidad; es así, digo, que mientras esto sucedía al norte de este continente su patria, la tierra que le vió

nacer, le negaba, en vértigo incomprensible, el derecho á tomar asiento, como mandatario del pueblo, en el Congreso Legislativo de su patria.

Pero la vida de Varela ha sido toda así: apareados á los homenajes más estupendos, á los goces más gigantescos, un dolor agudo, pertinaz, que ha venido á sorprenderle, sin solución de continuidad, entre la desgracia y la dicha. La alternativa continua parece simbolizar el destino de este hombre, encarnación legítima de toda una época.





II

> « Héctor Varela es un hombre
> « de pensamiento y de acción,
> « tribuno y soldado, periodista y
> « orador, republicano en America
> « y republicano en Europa. cono-
> « cido alli por su popularidad y
> « conocido aquí por sus talentos;
> « admirado en todas partes y en
> « todas partes contado entre los
> « hombres que más ilustran la de-
> « mocracia universal. »
>
> EMILIO CASTELAR: publicado en *El Imparcial* de Madrid.

Ningún americano del sud ha proclamado con mayor fé ni convicción más entusiasta, el dogma eterno de la república; ni nadie como Héctor F. Varela ha combatido el imperialismo frente á frente, con el coraje austero y fuerte de las creencias arraigadas. En Europa ha compartido con León Gambetta y Emilio Castelar esas lides de otro tiempo, en el

que un afiliado más á la gran causa de la redención del hombre, era el fruto de esfuerzos en realidad ciclopeos; y en América ha sido como el heraldo de una civilización que nos levanta, fortifica y engrandece.

No he conocido hombre alguno de la facundía de Varela. Lleva treinta y cinco años de periodismo incesante; de un escribir diario, de todos los momentos, de todas las horas, sin decaer ni desmayar jamás. Emilio Castelar, el hombre de nuestro tiempo que más escribe, lo hace siempre desde lo alto de la cátedra, desde la elevada cima de su posición, y el menor de sus escritos lleva el sello, *el cachet* del catedrático incorregible; pero Héctor Varela, por el contrario, os escribirá un cuento color de rosa como lo harían Pedro Antonio de Alarcón ó Antonio de Trueba; un trozo de literatura que creeríais salido del talento de Lamartine; un epigrama que

tomaríais como de Villergas; un discurso de filosofía que en nada discrepe de los de Schelling ó Hegel. Y en todos y cada uno de estos escritos encontraréis, acaso, el reflejo de la misma alma, del mismo modo de sentir, pero cada uno tendrá la nota justa exigida por la índole, por la naturaleza de la obra.

Así, pues, cuando de dolor se trate, los escritos de Varela destilarán mayor amargura que las lamentaciones de Jeremías: si deben ser irónicos, serán más crueles que la carcajada de Erasmo contra la Edad Media, cuyo eco estridente se ha repetido de generación en generación: si en vez de todo esto necesita hablar á la razón y á las conveniencias de un pueblo, dará á sus escritos algo como las entonaciones proféticas del verbo candente de Mirabeau. Y si es el amor, la risa, la alegría, la broma, el tema que ha elegido, tendrá flores y aromas que diseminará por

doquiera, frases que confundiríais con un coro de ángeles, ó, en otro caso, pensamientos juguetones que habría envidiado Cervantes.

Varela es el argentino que ha gastado más tinta, así como el que más ha apurado la metáfora y la retórica lamartinesca. Sus escritos políticos se cuentan por cientos de millares, y sus novelas, romances de un día, figuran por docenas, muchas de ellas perdidas ú olvidadas en las páginas de los diarios en que aparecieron para llenar ó bien la necesidad de un momento dado, ó bien para desahogar las penas del corazón del novelista.

Muchas de las obras escritas por Varela permanecen aún inconclusas. Una cuestión de temperamento, no general en la presente época, pero muy común en los hombres del tiempo de Moratín y sus contemporáneos, le ha hecho víctima de la fiebre de crear, crear de prisa, obedecien-

do á los impulsos de una imaginación irresistible, que todo lo abarca y emprende, seducida primero por los encantos de la lucha que se establece entre el escritor y la vida, y luego por la tendencia á la incesante agitación del pensamiento, que es tendencia esencialmente grecolatina, y que hemos heredado en la composición de nuestra sangre.

No se podría en verdad decir que Varela haya intentado hacer del romance una cátedra científica, pero tampoco se puede afirmar que en sus manos haya sido de tal guisa tratado que semeje un pasatiempo ó una de esas novelas que se escriben, imprimen y venden á cuartillo de real la entrega. Innegablemente apegado al romanticismo, por lo que toca á la dulzura y bondad de las sensaciones; y del mismo modo atraído al naturalismo por lo concerniente á la realidad de los actos humanos, su temperamento literario se adaptó á un

término medio; fué, puede decirse, el precursor en América de esta literatura que ha creado de Amicis en Italia, la que tiene con ambas escuelas extremados puntos de contacto.

En literatura no es seguramente un moralista que la emprenda á disciplinazos con el auditorio que intenta transformar; pero como quiera que no haga visible su propósito de diseminar por doquiera la virtud, lo abriga y en máxima cuantía. De esta suerte, coge á los personajes tales como en la realidad de la vida se presentan, ó como en las agitaciones de la sociedad han sido, y los coloca, moviéndose, en las páginas de sus romances. No lucirán, seguramente, la llaga pútrida que á los timoratos espanta, ni pronunciarán en el libro la interjección crudísima que acostumbraban á decir cuando existieron; pero sus defectos, sus vicios, sus maldades, su deformidad moral, estarán allí, á la vista,

saltantes, apenas velados por la fraseología correcta exigida por el buen decir.

Apesar de lo mucho que ha escrito, ha sabido sustraerse á la tentación de caer en las tramas dramáticas á lo Fernandez y Gonzalez. Examinados con detención sus romances, se encuentra que el novelista puede darse la mano, en cuanto á modalidades de factura, con su colega Javier de Montépin, pues ambos han sabido escapar del *guet-à-pens* de los lugares comunes en literatura.

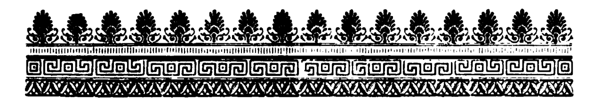
Pero he encontrado siempre, en exámenes más que minuciosos, que Varela se destaca por la facundía imaginativa, por la sucesión interminable de acontecimientos que sabe acertadamente mezclar á sus narraciones y, en este punto, cabe afirmar que nadie hasta ahora le ha pasado delante: ni Montépin, ni Paul de Kock, ni Claretie y, tal vez, ni el mismo Dumas, el rey de los novelistas románticos franceses.

Paul de Saint-Victor ha escrito un libro en el que estudia las mujeres de Gœthe, con los chispazos de su fino y elevado ingenio: yo, si las breves dimensiones que quiero dar á este escrito no lo impidieran, podría, á mi vez, previo perdón y sin jactancia, escribir un estudio de las mujeres de los romances de Héctor F. Varela. Porque es innegable que lo que por sobre todo se destaca en aquellos libros, es el conocimiento perfecto é íntimo del bello sexo, mezclado sin embargo á una benevolencia que no se manifiesta á cara descubierta pero que se adivina de continuo presente.

Si penetráramos á lo íntimo del novelista, encontraríamos que experimenta gran conmiseración por este sexo débil así curvado bajo la dominación omnipotente de los hombres. Sin ser plenamente naturalista, de los sectarios de Emilio Zola, llega por distintos caminos á la emisión del mismo juicio; y la doncella que á des-

pecho de las enseñanzas maternales y los consejos públicos de la religión profesada, suele á veces perder su virginidad en la fatiga jadeante de la jornada, no es siempre para él, como para Zola, la vil y pervertida ramera que se entrega al primero que pasa, con el " *Monsieur, écoutez donc*" de la abyecta Gervasia. Hay condiciones sociales y de temperamento que empujan irremisiblemente á lo mancilloso.





III

Héctor Varela es un hombre que lleva su ruidosa celebridad con una sencillez encantadora».
ARTEAGA ALEMPARTE.

Varela tiene, como escritor político, un corte enteramente opuesto. Si en la novela escatima los términos sobrado fuertes, no así en sus artículos de partidista. Examinándole con atención en la obra, se observa, primero, que estereotipa en un molde único la situación del país, de las pasiones y el número de los ideales legítimos. Para este cuadro tendrá su paleta los más atrayentes colores, su estilo las frases que mejor entusiasmen. Su verba lamartinesca se desbordará con ímpetus de torrente, y quien la escuche ó

lea, creerá aspirar en los aires algo como perfumes imperecederos y halagadores, y percibirá ruidos poderosos que le hablarán de patria, libertad, república y democracia. Su pluma trazará el cuadro verdadero y las necesidades públicas serán demostradas de tan irrefutable modo, que nadie, absolutamente nadie, á menos de ser un menguado, osará decir que lo afirmado sea incierto, ó lo indicado nada patriótico.

Pero si en ese cuadro se trazaron perspectivas que parecían auroras; si las más galanas y castizas palabras se desbordaron como interminable procesión de perfumes; si las ideas se sucedían unas á otras como largo reguero de brillante luz, vendrá luego el período en que Varela defenderá la inviolabilidad de su cuadro, y entonces el político idealista sacudirá su frente como el león de las selvas su melena, y se arrojará ferviente, apasiona-

do y lleno de su fé inp escriptible á la defensa de sus conocidos ideales.

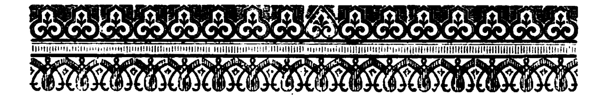
Esa defensa será como una encarnizada batalla. La frase punzante que después ha hecho célebres á Rochefort y Cassagnac en Francia, será por él esgrimida con toda la energía de su fé contestada, y tomará á sus adversarios cual enemigos. No se detendrá en preliminares que á nada conduzcan, é irá recto á herir de muerte á su contrario. Inquirirá los móviles ocultos que han creado la enemiga de su idea y deteniéndose en los hombres (pues que en el mundo éstos son los que todo hacen y deshacen), penetrará en su fuero interno, escudriñará sus corazones, sus más recónditos pensamientos, y luego, á la primera incorrección ó maldad que descubra, llamará las cosas por su nombre, las sacará á la espectación pública, y las pasiones y móviles inconfesables aparecerán así, descarnados, pútridos, incon-

trovertibles, en esa especie de *Morgue* de corazones insanos que él con su pluma sabe edificar.

Y luego ¡qué entusiasmos! Muchas veces sus mismos adversarios emprenden y realizan alguna de esas acciones ante las cuales el altar de la patria parece estremecerse de placer inefable, y él, abierto á todas las sensaciones generosas, indefenso contra esos alborozos que á mansalva se posesionan de los corazones no caídos en la impureza, no lucha más, se entrega conmovido y entusiasta, y entona el canto de los fuertes, de los cisnes de la vida política del mundo. "Eres mi adversario "—le dirá,—pero eres bueno: la idea y "no la pasión gobierna al orbe; y como "que tu obra ha sido noble, ha sido gran- "de y por los siglos imperecedera, te tri- "buto el aplauso de los espíritus sanos. "Ojalá pudiera amarte tanto cuanto ad- "miro tus hechos."

Treinta años ha batallado así. No creo que se haya producido, durante tal período de tiempo, un solo acto de la política sudamericana sin que Varela haya influido en él de una ú otra manera. Ora en Argentina, ora en Venezuela y Chile, ora en Europa, el periodista, ó mejor dicho el adalid político, ha tenido siempre prontos su artículo ó su arenga con los cuales ha concitado á las veces á los gobernantes, á las veces á las muchedumbres. Su estilo se clava, perfora la cárnea y débil envoltura humana, y obra como incontrastable revulsivo de los espíritus. Esa ha sido su obra de partidista, su obra de escritor político.





IV

> El Americano debe tener un éxito seguro, dada la competencia del hombre que se halla á su frente.
> Eduardo Laboulaye.

Pienso en este momento que tal vez muchos ignoren cómo se preparó aquel discurso de Ginebra, que coronó de luz la frente de Varela y que esparció su nombre por los ámbitos del mundo conocido. Así, pues, quiero relatarlo aquí, tal como las narraciones de testigos presenciales y confidencias más ó menos breves, han traído el hecho á mi conocimiento.

Antes debo, sin embargo, pedir disculpa por los yerros ó equivocaciones de fechas que cometa, pues escribo estas li-

neas confiando su exactitud á mi trabajada memoria

Y entro en materia.

La reunión del *Congreso de Ginebra* se acercaba, y de él debía formar parte el general Garibaldi, á la sazón más que nunca de moda, por sucesos de todos conocidos. Varela se hallaba en Paris, viviendo con Emilio Castelar, y experimentó el deseo de visitar al ilustre general italiano, á quien de muchos años atrás no veía. Trabajóle esta idea sin cesar un punto, y haciéndose ya irresistible, se la comunicó á Castelar. Acogióla éste con indecible entusiasmo, y declaró que él acompañaría á Varela, pues de tiempo tenía ansias de conocer al Cid de la Italia moderna. Un telegrama fué puesto por Varela á Garibaldi, anunciándole la visita de Castelar, y el vencedor de Volturno contestó, con su laconismo habitual, " que abrazaría gozoso al rey de la pa-

" labra castellana, y dios de la Repú-
" blica española ".

Quedó así todo concertado. Y comenzaron los preparativos de viaje. Pero estaba sin duda por el destino resuelto que Castelar no pudiese por esta vez abrazar al General Garibaldi. Un telegrama recibido de España obligó á Castelar á permanecer en Paris. Y quedó solo Varela.

Es indudable que este inesperado incidente hubo de alejar á Varela de la idea de un viaje á Ginebra. Con Castelar habría ido sin vacilaciones, porque su nombre le abría las puertas de la vida social; pero marcharse solo, sin la menor tarjeta de introducción, desconocido por completo, para vivir por algunos días en un país que era para él todo un misterio, si no le acoquinaba, le daba por lo menos mucho que pensar. Estas razones le impelían á quedarse en Paris, pero en cambio la promesa hecha á Garibaldi de ir á

saludarle le inducía á marcharse. Esto último prevaleció, y Varela, encomendándose á todos los santos del cielo y de la tierra, emprendió su viaje sin más vacilaciones.

Llegó á Ginebra en la mañana del día anterior á la clausura del Congreso. La ciudad coqueta de la patria de Guillermo Tell, se hallaba invadida materialmente por millares de extranjeros que venían para asistir á las sesiones del memorable Congreso.

Varela no halló sitio donde alojarse, y como si se tratara de un verdadero hallazgo, aceptó una buhardilla en el quinto piso de un hotel de segundo orden. El cuartujo era estrecho, húmedo, chato, oscuro y puede decirse que se encontró amueblado con las dos valijas del viajero.

Así que se hubo cambiado su traje de viaje por otro de media etiqueta, se encaminó al alojamiento del General Gari-

baldi que, como se sabe, era la Casa Municipal de Ginebra, y después de los efusivos saludos entre aquellos amigos, recibió una tarjeta de entrada al Congreso. A seguida se dirigió al local en que aquel debía celebrarse, y merced á fuerza de hombros y aquí estrecho y allá empujo, logró tomar una colocación conveniente en las galerías bajas.

Así colocado esperó la apertura de la sesión. Héctor Varela, lo afirmo con entera seguridad, no había pensado hablar. En sus más ambiciosos sueños de gloria y nombradía no se le había aparecido siquiera la posibilidad de pronunciar un discurso en aquel areópago de celebridades europeas. Era un espectador tranquilo, que se conceptuaba impotente para medirse con aquellos gigantes, y que se sentía *dépaysé*, perdido, ignorado, en medio de aquella muchedumbre extranjera que le cercaba.

La sesión comenzó. Ya todos saben con qué depresivas expresiones hacia la América del Sud pronunció su discurso el señor Dupasquier. Oir esto Varela, y sentir que la sangre le bullía en las venas con ardores de volcán en erupción, fué todo uno. Un sentimiento extraño, poderoso, dominador, se posesionaba de su ser entero, y parecía pronunciar á su oído y llevarle al alma, el quejumbroso reclamo del patriotismo herido, así, tan á mansalva, en un Congreso en el que ningún americano figuraba como miembro. El discurso continuaba, insinuando las mismas injurias, y la ira patriótica de Varela ya no tenía casi límites. La explosión debía producirse, y se produjo.

—*Je demmande la parole, Monsieur le Président, au nom des nations américaines, si injustement calomniées!*—pronunció Varela desde la galería donde se hallaba colocado.

Un movimiento se produjo. Del seno del Congreso se alzaron voces de protesta: el público tendía á protestar de la alteración del programa. El Presidente agitaba la campanilla sin resultado. De algunos puntos se oía exclamar:

—*Qu'il parle, oui, qu'il parle!*

Una consulta fué hecha al Congreso.

— *Un citoyen d'Amérique,*—dijo el Presidente,—*veut la permision de parler pour défendre la patrie qu'il croit calomniée: je demmande autorisation pour la lui permettre.*

El Congreso, sin la menor discrepancia, concedió la autorización. Entonces Varela, sin hesitar un momento, comenzó á pronunciar, en francés, su valiente discurso. Su palabra, cada vez más facil, más entusiasta, mantenía los espíritus en suspenso, las atenciones se mostraban más y más maravilladas. Todos los ojos se clavaban en el orador desconocido, que tur-

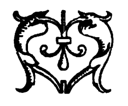
baba la quietud de aquellas deliberaciones para hablar en defensa de la democracia americana, pronunciando los nombres de San Martín, Lincoln y Belgrano, allí, al pié de la misma montaña donde Guillermo Tell asentara su planta

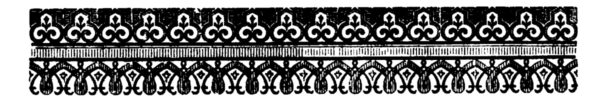
La Asamblea se sentía arrebatada. Vencidos los quince minutos que el Reglamento acordaba á cada orador, el Congreso, sin vacilar, como un solo hombre, movido como por resorte, acordo que el defensor de la América Latina continuara hablando hasta cuando lo juzgase conveniente. Y continuó Varela en su defensa gigante, sin medir el tiempo que discurría, como arrebatado por inspiración extraña, dejando tras su palabra las horas y las horas hasta que, ya vecinas las sombras de la noche, arrancó una imagen, una figura retórica á las medias tintas del firmamento y concluyó su discurso en medio de los estruendosos aplau-

sos, del febril entusiasmo, del delirio más frenético del auditorio; y al concluir, cuando caía en brazos de sus admiradores víctima del ataque cerebral que el esfuerzo y la emoción aquella le produjo, tuvo el orgullo de oir, allí donde había sido ajada, el grito estruendoso y espontáneo que decía: *vive l'Amérique!* Justa y no tardía recompensa debida al patriotismo espartano del tribuno defensor de América.

Así terminó el discurso de Ginebra. No entra en mi propósito describir aquí la muchedumbre que llevó á Varela en triunfo hasta la buhardilla en que se alojaba; ni la desesperación del hotelero al constatar que había recibido como á un cualquiera al hombre que toda Ginebra traía en brazos; ni los cuidados maternales con que los médicos curaron á Varela de ese ataque cerebral, merced al que durante treinta horas vaciló entre la vida y

la muerte. Mi propósito era resucitar recuerdos hoy casi olvidados, que presentan al hombre tal cual es, sin las sombras que le achacan las emulaciones injustas y las envidias rastreras.





V

> Héctor Varela, que tanta sensación produjo en el Congreso de Ginebra, será siempre una gloria de la tribuna democrática.
>
> EMILIO DE GIRARDIN.

Bien se comprende que para hacer un estudio completo de la vida y hechos de Héctor F. Varela, necesitaría escribir por lo menos diez volúmenes. Así, pues, y proponiéndome ser breve, dejo exprofeso en el tintero las ovaciones á él tributadas en el Brasil, Venezuela, Chile y Montevideo, como asimismo los éxitos de España, con ningunos otros comparables, pues que aquellos proporcionaron á Varela la inmensa honra de que el rey Alfonso XII, al llamarle su hermano, le calificase del

ruiseñor de América, del Castelar argentino.

Cierro, pues, esta semblanza, prometiéndome escribir nuevos rasgos acerca de Varela, en la próxima edición de mis obras literarias.

FIN

